

rucio llegasen. Llegaron, volviéron á subir amo y mozo, y sin volver á despedirse de la Arcadia fingida, ó contrahecha, y con mas vergüenza que gusto, siguiéron su camino.

### CAPÍTULO LIX.

*Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á Don Quixote.*

Al polvo y al cansancio que Don Quixote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros socorrió una fuente clara y limpia, que entre una fresca arboleada hallaron, en el márgen de la qual, dexando libres, sin xáquima y freno al rucio y á Rocinante, los dos asendereados amo y mozo, se sentaron. Acudió Sancho á la repostería de sus alforjas, y dellas sacó de lo que él solia llamar condumio: enjuagóse la boca, lavóse Don Quixote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados: no comia Don Quixote de puro pesaroso, ni Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenia de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva; pero viendo que llevado de sus imaginaciones, no se acordaba de llevar el pan á la boca, no abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza, comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecia. Come, Sancho amigo, dixo Don Quixote, sustenta la vida, que mas que á mí te importa, y déxame morir á mí á manos de mis pensamientos, y á fuerza de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo: y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis accio-

nes, respetado de Príncipes, solicitado de doncellas, al cabo, al cabo, quando esperaba palmas, triunfos y coronas grangeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado, y molido de los pies de animales inmundos y soeces. Esta consideracion me embota los dientes, entorpece las muelas, y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer: demanera que pienso dexarme morir de hambre, muerte la mas cruel de las muertes. De esa manera, dixo Sancho, sin dexar de mascar apriesa, no aprobará vuesa merced aquel refran que dicen: muera Marta, y muera harta: yo aloménos no pienso matarme á mí mismo; ántes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes, hasta que le hace llegar donde él quiere: yo tiraré mi vida comiendo, hasta que llegue al fin que le tiene determinado el Cielo: y sepa, señor, que no hay mayor locura, que la que toca en querer desesperarse, como vuesa merced: y créame, y despues de comido échese á dormir un poco sobre los colchones verdes destas yerbas, y verá como quando despierte se halla algo mas aliviado. Hízolo así Don Quixote, pareciéndole que las razones de Sancho mas eran de filósofo, que de mentecato, y díxole: si tú, ó Sancho, quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serian mis alivios mas ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes, y es, que miéntras yo duermo, obediendo tus consejos, tú te desviases un poco léxos de aquí, y con las riendas de Rocinante, echando al ayre tus carnes, te dieses trecientos, ó quatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que es lástima no peque-

ña que aquella pobre Señora esté encantada por tu descuido y negligencia. Hay mucho que decir en eso, dixo Sancho: durmamos por ahora entrámbos, y despues Dios dixo lo que será. Sepa vuesa merced que esto de azotarse un hombre á sangre fria, es cosa recia, y mas si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado, y peor comido: tenga paciencia mi Señora Dulcinea, que quando ménos se cate me verá hecho una criba de azotes, y hasta la muerte todo es vida: quiero decir, que aun yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciéndoselo Don Quixote, comió algo, y Sancho mucho, y echáronse á dormir entrámbos, dexando á su albedrío, y sin órden alguna pacer de la abundosa yerba, de que áquel prado estaba lleno, á los dos continuos compañeros y amigos, Rocinante y el rucio. Despertáron algo tarde, volviéron á subir y á seguir su camino, dándose priesa para llegar á una venta, que al parecer una legua de allí se descubria: digo que era venta, porque Don Quixote la llamó así, fuera del uso que tenia de llamar á todas las ventas castillos. Llegáron pues á ella: preguntáron al huésped, si habia posada. Fuéles respondido que sí, con toda la comodidad y regalo que pudieran hallar en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su repostería en un aposento, de quien el huésped le dió la llave. Llevó las bestias á la caballeriza, echóles sus piensos, salió á ver lo que Don Quixote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al Cielo de que á su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta. Llegóse la hora del cenar, recogieron á su estancia: preguntó Sancho al huésped, que que tenia para darles de cenar. Á lo que

el huésped respondió, que su boca sería medida, y así que pidiese lo que quisiese, que de las paxaricas del ayre, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveida aquella venta. No es menester tanto, respondió Sancho, que con un par de pollos que nos asen tendremos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy traganton en demasía. Respondióle el huésped que no tenía pollos, porque los milanos los tenían asolados. Pues mande el señor huésped, dixo Sancho, asar una polla que sea tierna. Polla, mi padre, respondió el huésped, en verdad en verdad que envié ayer á la ciudad á vender mas de cincuenta; pero fuera de pollas, pida vuesa merced lo que quisiere. Desamano, dixo Sancho, no faltará ternera, ó cabrito. En casa por ahora, respondió el huésped, no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra. Medrados estamos con eso, respondió Sancho: yo pondré que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos. Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene: pues hele dicho, que ni tengo pollas, ni gallinas; y quiere que tenga huevos? discurra, si quisiere, por otras delicadezas<sup>37</sup>, y déxese de pedir gallinas. Resolvámonos, cuerpo de mí, dixo Sancho<sup>38</sup>, y dígame finalmente lo que tiene, y déxese de discurrimientos. Señor huésped, dixo<sup>39</sup> el ventero, lo que real y verdaderamente tengo, son dos uñas de vaca, que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera, que parecen uñas de vaca: están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: comeme, comeme. Por mias las marco desde aquí, dixo Sancho,

y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de mas gusto, y no se me daría nada que fuesen manos, como fuesen uñas. Nadie las tocará, dixo el ventero, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales traen consigo cocinero, despensero y repostería. Si por principales va, dixo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que él trae, no permite despensas, ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas, ó de nísperos. Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle, que ya le habia preguntado que oficio, ó que ejercicio era el de su amo. Llegóse pues la hora del cenar, recogióse á su estancia Don Quixote, truxo el huésped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito. Parece ser que en otro aposento que junto al de Don Quixote estaba, que no le dividia mas que un sutil tabique, oyó decir Don Quixote: por vida de vuesa merced, señor Don Gerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de Don Quixote de la Mancha. Apenas oyó su nombre Don Quixote, quando se puso en pie, y con oído alerta escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal Don Gerónimo referido respondió: ¿para que quiere vuesa merced, señor Don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído la primera parte de la historia de Don Quixote de la Mancha, no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda? Con todo eso, dixo el Don Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que á mí en este mas desplace es, que pinta á Don Qui-

xote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso. Oyendo lo qual Don Quixote , lleno de ira , y de despecho, alzó la voz y dixo : quien quiera que dixere que Don Quixote de la Mancha ha olvidado , ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso , yo le haré entender con armas iguales , que va muy léxos de la verdad , porque la sin par Dulcinea del Toboso , ni puede ser olvidada , ni en Don Quixote puede caber olvido : su blason es la firmeza , y su profesion el guardarla con suavidad , y sin hacerse fuerza alguna. ¿ Quien es él que nos responde ? respondieron del otro aposento. Quien ha de ser , respondió Sancho , sino el mismo Don Quixote de la Mancha, que hará bueno quanto ha dicho , y aun quanto dixere, que al buen pagador no le duelen prendas. Apénas hubo dicho esto Sancho , quando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros , que tales lo parecian , y uno dellos echando los brazos al cuello de Don Quixote le dixo : ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre , ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos , señor , sois el verdadero Don Quixote de la Mancha , norte y lucero de la andante caballería , á despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre , y aniquilar vuestras hazañas , como lo ha hecho el autor deste libro , que aquí os entrego: y poniéndole un libro en las manos , que traia su compañero , le tomó Don Quixote , y sin responder palabra comenzó á hojearle , y de allí á un poco se le volvió, diciendo : en esto poco que he visto , he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehension. La primera es , algunas palabras que he leído en el prólogo : la otra, que el language es Aragonés , porque tal vez escribe sin

artículos , y la tercera , que mas le confirma por ignorante , es que yerra , y se desvia de la verdad en lo mas principal de la historia , porque aquí dice , que la muger de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutierrez , y no se llama tal , sino Teresa Panza , y quien en esta parte tan principal yerra , bien se podrá temer que yerra en todas las demas de la historia. Á esto dixo Sancho : donosa cosa de historiador por cierto , bien debe estar en el cuento de nuestros sucesos , pues llama á Teresa Panza mi muger Mari Gutierrez : torne á tomar el libro , señor , y mire si ando yo por ahí , y si me ha mudado el nombre. Por lo que os he oido hablar , amigo , dixo Don Gerónimo , sin duda debeis de ser Sancho Panza , el escudero del señor Don Quixote. Sí soy , respondió Sancho , y me precio dello. Pues á fe , dixo el caballero , que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra : pintaos comedor , y simple , y no nada gracioso , y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe. Dios se lo perdone , dixo Sancho , dexárame en mi rincon , sin acordarse de mí , porque quien las sabe las tañe , y bien se está San Pedro en Roma. Los dos caballeros pidiéron á Don Quixote se pasase á su estancia á cenar con ellos , que bien sabian que en aquella venta no habia cosas pertenecientes para su persona. Don Quixote que siempre fué comedido , condescendió con su demanda , y cenó con ellos : quedóse Sancho con la olla con mero mixto imperio , sentóse en cabece-  
ra de mesa , y con él el ventero , que no ménos que Sancho estaba de sus manos y de sus uñas aficionado. En el discurso de la cena preguntó Don Juan á Don Quixote,

que nuevas tenia de la Señora Dulcinea del Toboso , si se habia casado , si estaba parida , ó preñada , ó si estando en su entereza , se acordaba , guardando su honestidad y buen decoro , de los amorosos pensamientos del señor Don Quixote. Á lo que él respondió : Dulcinea se está entera , y mis pensamientos mas firmes que nunca : las correspondencias en su sequedad antigua , su hermosura en la de una soez labradora transformada : y luego les fué contando punto por punto el encanto de la Señora Dulcinea , y lo que le habia sucedido en la cueva de Montesinos , con la órden que el sabio Merlin le habia dado para desencantarla , que fué la de los azotes de Sancho. Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oír contar á Don Quixote los extraños sucesos de su historia , y así quedáron admirados de sus disparates , como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenian por discreto , y allí se les deslizaba por mentecato , sin saber determinarse , que grado le darian entre la discrecion , y la locura. Acabó de cenar Sancho , y dexando hecho équis al ventero , se pasó á la estancia de su amo , y en entrando dixo : que me maten , señores , si el autor deste libro que vuestas mercedes tienen , quiere que no comamos buenas migas juntos , yo querria , que ya que me llama comilon , como vuestas mercedes dicen , no me llamase tambien borracho. Sí llama , dixo Don Gerónimo ; pero no me acuerdo en que manera , aunque sé que son mal sonantes las razones , y ademas mentirosas , segun yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho , que está presente. Créanme vuestas mercedes , dixo Sancho , que el Sancho , y el Don Quixote desa historia deben de ser otros , que los que andan en aquella que compu-

so Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo valiente, discreto y enamorado, y yo simple gracioso, y no comedor, ni borracho. Yo así lo creo, dixo Don Juan, y si fuera posible, se habia de mandar, que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran Don Quixote, sino fuese Cide Hamete su primer autor, bien así como mandó Alexandro, que ninguno fuese osado á retratarle sino Apéles. Retrátame el que quisiere, dixo Don Quixote; pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciencia, quando la cargan de injurias. Ninguna, dixo Don Juan, se le puede hacer al señor Don Quixote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que á mi parecer es fuerte y grande. En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche, y aunque Don Juan quisiera que Don Quixote leyera mas del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudiéron acabar con él, diciendo, que él lo daba por leído, y lo confirmaba por todo necio, y que no queria, si acaso llegase á noticia de su autor, que le habia tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le habia leído, pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, quanto mas los ojos. Preguntáronle, que adonde llevaba determinado su viage. Respondió, que á Zaragoza á hallarse en las justas del arnes, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Díxole Don Juan, que aquella nueva historia contaba, como Don Quixote, sea quien se quisiere, se habia hallado en ella en una sortija, falta de invencion, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades. Por el mismo caso, respondió Don Quixote, no pondré los pies en Zaragoza, y así sacaré á la plaza del mun-

do la mentira dese historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el Don Quixote que él dice. Hará muy bien, dixo Don Gerónimo, y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor Don Quixote mostrar su valor. Así lo pienso hacer, dixo Don Quixote, y vuestas mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores. Y á mí tambien, dixo Sancho, quizá seré bueno para algo. Con esto se despidieron, y Don Quixote y Sancho se retiraron á su aposento, dexando á Don Juan y á Don Gerónimo admirados de ver la mezcla, que habia hecho de su discrecion y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos Don Quixote y Sancho, y no los que describia su autor Aragones. Madrugó Don Quixote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle, que alabase ménos la provision de su venta, ó la tuviese mas proveida.

## CAPÍTULO LX.

*De lo que sucedió á Don Quixote yendo á Barcelona.*

**E**ra fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimismo el dia en que Don Quixote salió de la venta, informándose primero, qual era el mas derecho camino para ir á Barcelona, sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió pues, que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los quales, yendo fuera de camino,

le tomó la noche entre unas espesas encinas, ó alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que habia merendado aquel dia, se dexó entrar de rondon por las puertas del sueño; pero Don Quixote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegar sus ojos, ántes iba y venia con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecia hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oidos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones y diligencias, que se habian de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la floxedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues á lo que creia solos cinco azotes se habia dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban: y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: si nudo Gordiano cortó el Magno Alexandro, diciendo: tanto monta cortar, como desatar, y no por eso dexó de ser universal Señor de toda la Asia, ni mas ni ménos podria suceder ahora en el desencanto de Dulcinea si yo azotase á Sancho á pesar suyo: que si la condicion deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, que se me da á mí que se los dé él, ó que se los dé otro, pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren. Con esta imaginacion se llegó á Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodándolas en modo que pudiese azotarle con ellas, comenzóle á quitar las cintas, que es opinion

que no tenia mas que la delantera , en que se sustentaban los gregüescos ; pero apénas hubo llegado , quando Sancho despertó en todo su acuerdo , y dixo ¿ que es esto , quien me toca y desencinta ? Yo soy , respondió Don Quixote , que vengo á suplir tus faltas , y á remediar mis trabajos : véngote á azotar , Sancho , y á descargar en parte la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece , tú vives en descuido , yo muero deseando , y así desatácate por tu voluntad , que la mia es de darte en esta soledad por lo ménos dos mil azotes. Eso no , dixo Sancho , vuesa merced se esté quedo ; si no , por Dios verdadero , que nos han de oir los sordos : los azotes á que yo me obligué , han de ser voluntarios , y no por fuerza , y ahora no tengo gana de azotarme , basta que doy á vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme quando en voluntad me viniere. No hay dexarlo á tu cortesía , Sancho , dixo Don Quixote , porque eres duro de corazon , y aunque villano , blando de carnes : y así procuraba y pugnaba por desenlazarle. Viendo lo qual Sancho Panza , se puso en pie , y arremetiendo á su amo , se abrazó con él á brazo partido , y echándole una zancadilla dió con él en el suelo boca arriba : púsole la rodilla derecha sobre el pecho , y con las manos le tenia las manos de modo , que ni le dexaba rodear , ni alentar. Don Quixote le decia ¿ como traidor , contra tu amo y señor natural te desmandas ? ¿ con quien te da su pan te atreves ? Ni quito Rey , ni pongo Rey , respondió Sancho , sino ayúdome á mí , que soy mi señor : vuesa merced me prometa que se estará quedo , y no tratará de azotarme por agora , que yo le dexaré libre y desembarazado , donde no , aquí morirás traidor enemigo de Doña

Sancha. Prometióselo Don Quixote , y juró por vida de sus pensamientos <sup>4o</sup> no tocarle en el pelo de la ropa , y que dexaria en toda su voluntad y albedrío el azotarse quando quisiese. Levantóse Sancho , y desvióse de aquel lugar un buen espacio , y yendo á arrimarse á otro árbol , sintió que le tocaban en la cabeza , y alzando las manos , topó con dos pies de persona con zapatos y calzas. Tembló de miedo , acudió á otro árbol , y sucedióle lo mismo : dió voces llamando á Don Quixote , que le favoreciese. Hízolo así Don Quixote , y preguntándole , que le habia sucedido , y de que tenia miedo , le respondió Sancho , que todos aquellos árboles estaban llenos de pies y de piernas humanas. Tentólos Don Quixote , y cayó luego en la cuenta de lo que podia ser , y díxole á Sancho : no tienes de que tener miedo , porque estos pies y piernas que tientas , y no ves , sin duda son de algunos foragidos y bandoleros , que en estos árboles están ahorcados , que por aquí los suele ahorcar la Justicia , quando los coge , de veinte en veinte y de treinta en treinta , por donde me doy á entender , que debo de estar cerca de Barcelona : y así era la verdad , como él lo habia imaginado. Al amanecer alzaron los ojos , y viéron los racimos de aquellos árboles , que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecia , y si los muertos los habian espantado , no ménos los atribuláron mas de quarenta bandoleros vivos , que de improviso les rodeáron , diciéndoles en lengua catalana , que estuviesen quedos , y se detuviesen hasta que llegase su Capitan. Hallóse Don Quixote á pie , su caballo sin freno , su lanza arrimada á un árbol , y finalmente sin defensa alguna , y así tuvo por bien de cruzar las manos , é inclinar la cabeza , guardán-

dose para mejor sazon y coyuntura. Acudieron los bandoleros á espulgar al rucio , y á no dexarle ninguna cosa de quantas en las alforjas y la maleta traia : y avínole bien á Sancho , que en una ventiera<sup>41</sup> que tenia ceñida venian los escudos del Duque , y los que habian sacado de su tierra , y con todo eso aquella buena gente le escardara y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido , si no llegara en aquella sazon su Capitán , el qual mostró ser de hasta edad de treinta y quatro años , robusto , mas que de mediana proporcion , de mirar grave y color morena. Venia sobre un poderoso caballo , vestida la acerada cota , y con quatro pistoletes , que en aquella tierra se llaman pedreñales , á los lados. Vió que sus escuderos ( que así llaman á los que andan en aquel exercicio ) iban á despojar á Sancho Panza : mandóles que no lo hiciesen , y fué luego obedecido , y así se escapó la ventiera<sup>42</sup>. Admiróle ver lanza arrimada al árbol , escudo en el suelo , y á Don Quixote armado y pensativo , con la mas triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegóse á él diciéndole : no esteis tan triste , buen hombre , porque no habeis caido en las manos de algun cruel Osiris , sino en las de Roque Guinart , que tienen mas de compasivas , que de rigurosas. No es mi tristeza , respondió Don Quixote , haber caido en tu poder , ó valeroso Roque , cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren , sino por haber sido tal mi descuido , que me hayan cogido tus soldados sin el freno , estando yo obligado , segun la orden de la andante caballería que profeso , á vivir contino alerta , siendo á todas horas centinela de mí mismo : porque te hago saber , ó gran Roque , que si me hallaran sobre



Antonio Carnicero la inv.<sup>o</sup> y dibujó.

Francisco Muntaner la Grabó en Madrid 1778.



mi caballo con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy Don Quixote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe. Luego Roque Guinart conoció que la enfermedad de Don Quixote tocaba mas en locura, que en valentía, y aunque algunas veces le habia oido nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que semejante humor reynase en corazon de hombre, y holgóse en extremo de haberle encontrado, para tocar de cerca lo que de léxos dél habia oido, y así le dixo: valeroso caballero, no os despecheis, ni tengais á siniestra fortuna esta en que os hallais, que podria ser que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase, que el Cielo por extraños, y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caidos y enriquecer los pobres. Ya le iba á dar las gracias Don Quixote, quando sintieron á sus espaldas un ruido como de tropel de caballos, y no era sino uno solo, sobre el qual venia á toda furia un mancebo, al parecer de hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca, con sombrero terciado á la walona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos, y dos pistolas á los lados. Al ruido volvió Roque la cabeza, y vió esta hermosa figura, la qual en llegando á él, dixo: en tu busca venia, ó valeroso Roque, para hallar en tí, si no remedio, aloménos alivio en mi desdicha, y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte quien soy: yo soy Claudia Gerónima, hija de Simon Forte tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrèllas, que asimismo lo es tuyo, por

ser uno de los de tu contrario bando , y ya sabes que este Torrèllas tiene un hijo , que Don Vicente Torrèllas se llama , ó aloménos se llamaba no ha dos horas. Este pues , por abreviar el cuento de mi desventura , te diré en breves palabras la que me ha causado. Vióme , requébróme , escuchéle , enamoréme á hurto de mi padre , porque no hay muger , por retirada que esté y recatada que sea , á quien no le sobre tiempo para poner en execucion y efecto sus atropellados deseos. Finalmente , él me prometió de ser mi esposo , y yo le dí la palabra de ser suya , sin que en obras pasásemos adelante : supe ayer , que olvidado de lo que me debia , se casaba con otra , y que esta mañana iba á desposarse : nueva que me turbó el sentido , y acabó la paciencia , y por no estar mi padre en el Lugar , le tuve yo de ponerme en el traje que ves , y apresurando el paso á este caballo , alcancé á Don Vicente obra de una legua de aquí , y sin ponerme á dar quejas , ni á oír disculpas , le disparé esta escopeta , y por añadidura estas dos pistolas , y á lo que creo le debí de encerrar mas de dos balas en el cuerpo , abriéndole puertas por donde envuelta en su sangre saliese mi honra. Allí le dexo entre sus criados , que no osáron , ni pudieron ponerse en su defensa : vengo á buscarte , para que me pases á Francia , donde tengo parientes con quien viva , y asimesmo á rogarte defiendas á mi padre , porque los muchos de Don Vicente no se atrevan á tomar en él desaforada venganza. Roque admirado de la gallardía , bizarría , buen talle y suceso de la hermosa Claudia , la dixo : ven , señora , y vamos á ver si es muerto tu enemigo , que despues verémos lo que mas te importare. Don Quixote que estaba escuchando atentamente lo que

Claudia habia dicho , y lo que Roque Guinart respondió , dixo : no tiene nadie para que tomar trabajo en defender á esta señora , que lo tomo yo á mi cargo : denme mi caballo y mis armas , y espérenme aquí , que yo iré á buscar á ese caballero , y muerto , ó vivo le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza. Nadie dude de esto , dixo Sancho , porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero , pues no ha muchos dias que hizo casar á otro que tambien negaba á otra doncella su palabra , y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudáron su verdadera figura en la de un lacayo , esta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera. Roque , que atendia mas á pensar en el suceso de la hermosa Claudia , que en las razones de amo y mozo , no las entendió , y mandando á sus escuderos , que volviesen á Sancho todo quanto le habian quitado del rucio , mandóles asimesmo que se retirasen á la parte donde aquella noche habian estado alojados , y luego se partió con Claudia á toda priesa á buscar al herido , ó muerto Don Vicente. Llegáron al lugar donde le encontró Claudia , y no halláron en él sino recien derramada sangre ; pero teniendo la vista por todas partes , descubriéron por un recuesto arriba alguna gente , y diéronse á entender , como era la verdad , que debia de ser Don Vicente , á quien sus criados , ó muerto , ó vivo llevaban , ó para curarle , ó para enterrarle : diéronse priesa á alcanzarlos , que como iban de espacio , con facilidad lo hicieron. Halláron á Don Vicente en los brazos de sus criados , á quien con cansada y debilitada voz rogaba , que le dexasen allí morir , porque el dolor de las heridas no consentia que mas adelante pasase. Arrojáronse de los caba-

llos Claudia y Roque , llegaron á él , temieron los criados la presencia de Roque , y Claudia se turbó en ver la de Don Vicente : y así entre enternecida y rigurosa , se llegó á él , y asiéndole de las manos , le dixo : si tú me dieras estas conforme á nuestro concierto , nunca tú te vieras en este paso. Abrió los casi cerrados ojos el herido caballero , y conociendo á Claudia , le dixo : bien veo , hermosa y engañada señora , que tú has sido la que me has muerto : pena no merecida , ni debida á mis deseos , con los cuales , ni con mis obras jamas quise , ni supe ofenderte. ¿ Luego no es verdad , dixo Claudia , que ibas esta mañana á desposarte con Leonora , la hija del rico Balvastro ? No por cierto , respondió Don Vicente , mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas , para que zelosa me quitases la vida , la qual pues la dexo en tus manos y en tus brazos , tengo mi suerte por venturosa : y para asegurarte desta verdad , aprieta la mano , y recíbeme por esposo , si quisieres , que no tengo otra mayor satisfacion que darte del agravio que piensas que de mí has recibido. Apretóle la mano Claudia , y apretósele á ella el corazon , demanera que sobre la sangre y pecho de Don Vicente se quedó desmayada , y á él le tomó un mortal parasismo. Confuso estaba Roque , y no sabia que hacerse. Acudieron los criados á buscar agua que echarles en los rostros , y truxéronla , con que se los bañaron. Volvió de su desmayo Claudia ; pero no de su parasismo Don Vicente , porque se le acabó la vida. Visto lo qual de Claudia , habiéndose enterado , que ya su dulce esposo no vivia , rompió los ayres con suspiros , hirió los cielos con quejas , maltrató sus cabellos , entregándolos al viento , afeó su rostro con sus propias manos , con

todas las muestras de dolor y sentimiento , que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. ¡Ó cruel, é inconsiderada muger! decia ¡ con que facilidad te moviste á poner en execucion tan mal pensamiento! ¡Ó fuerza rabiosa de los zelos , á que desesperado fin conducis á quien os da acogida en su pecho! ¡Ó esposo mio , cuya desdichada suerte , por ser prenda mia te ha llevado del tálamo á la sepultura! Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacáron las lágrimas de los ojos de Roque , no acostumbrados á verterlas en ninguna ocasion. Lloraban los criados , desmayábase á cada paso Claudia , y todo aquel circuito parecia campo de tristeza , y lugar de desgracia. Finalmente Roque Guinart ordenó á los criados de Don Vicente , que llevasen su cuerpo al Lugar de su padre, que estaba allí cerca , para que le diesen sepultura. Claudia dixo á Roque , que queria irse á un monasterio , donde era Abadesa una tia suya , en el qual pensaba acabar la vida , de otro mejor esposo y mas eterno acompañada. Alabóle Roque su buen propósito , ofreciósele de acompañarla hasta donde quisiese , y defender á su padre de los parientes de Don Vicente , y de todo el mundo , si ofenderle quisiesen. No quiso su compañía Claudia en ninguna manera , y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo , se despidió dél llorando. Los criados de Don Vicente llevaron su cuerpo , y Roque se volvió á los suyos : y este fin tuvieron los amores de Claudia Gerónima. ¿Pero que mucho , si texieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles y rigurosas de los zelos? Halló Roque Guinart á sus escuderos en la parte donde les habia ordenado , y á Don Quixote entre ellos sobre Rocinante , haciéndoles una plática , en que

les persuadia dexasen aquel modo de vivir tan peligroso, así para el alma, como para el cuerpo; pero como los mas eran Gascones, gente rústica y desbaratada, no les entraba bien la plática de Don Quixote. Llegado que fué Roque, preguntó á Sancho Panza, si le habian vuelto y restituido las alhajas y preseas que los suyos del rucio le habian quitado. Sancho<sup>43</sup> respondió, que sí, sino que le faltaban tres tocadores, que valian tres ciudades. ¿Que es lo que dices, hombre? dixo uno de los presentes, que yo los tengo, y no valen tres reales. Así es, dixo Don Quixote; pero estímalo mi escudero en lo que ha dicho, por habérmelos dado quien me los dió. Mandóselos volver al punto Roque Guinart, y mandando poner los suyos en ala, mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas y dineros, y todo aquello que desde la última reparticion habian robado, y haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible, y reduciéndolo á dineros, lo repartió por toda su compañía con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto, ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo qual todos quedáron contentos, satisfechos y pagados, dixo Roque á Don Quixote: si no se guardase esta puntualidad con estos, no se podria vivir con ellos. Á lo que dixo Sancho: segun lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesaria que se use aun entre los mismos ladrones. Oyólo un escudero, y enarboló el mocho de un arcabuz, con el qual sin duda le abriera la cabeza á Sancho, si Roque Guinart no le diera voces que se detuviese. Pasmóse Sancho, y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese. Llegó en esto uno, ó algunos de aquellos escuderos, que estaban

puestos por centinelas por los caminos , para ver la gente que por ellos venia , y dar aviso á su mayor de lo que pasaba , y este dixo : señor , no léxos de aquí , por el camino que va á Barcelona viene un gran tropel de gente. Á lo que respondió Roque : ¿ has echado de ver si son de los que nos buscan , ó de los que nosotros buscamos ? No sino de los que buscamos , respondió el escudero. Pues salid todos , replicó Roque , y traédmelos aquí luego , sin que se os escape ninguno. Hiciéronlo así , y quedándose solos Don Quixote , Sancho y Roque , aguardaron á ver lo que los escuderos traian , y en este entretanto dixo Roque á Don Quixote : nueva manera de vida le debe de parecer al señor Don Quixote la nuestra , nuevas aventuras , nuevos sucesos , y todos peligrosos : y no me maravillo que así le parezca , porque realmente le confieso , que no hay modo de vivir mas inquieto , ni mas sobresaltado , que el nuestro. Á mí me han puesto en él no sé que deseos de venganza , que tienen fuerza de turbar los mas sosegados corazones : yo de mi natural soy compasivo , y bien intencionado ; pero , como tengo dicho , el querer vengarme de un agravio que se me hizo , así da con todas mis buenas inclinaciones en tierra , que persevero en este estado á despecho , y pesar de lo que entiendo : y como un abismo llama á otro , y un pecado á otro pecado , hanse eslabonado las venganzas demanera , que no solo las mias , pero las ajenas tomo á mi cargo ; pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones , no pierdo la esperanza de salir dél á puerto seguro. Admirado quedó Don Quixote de oir hablar á Roque tan buenas y concertadas razones , porque él se pensaba , que entre los

de oficios semejantes de robar , matar y saltar no podia haber alguno que tuviese buen discurso , y respondióle: señor Roque , el principio de la salud está en conocer la enfermedad , y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena : vuesa merced está enfermo , conoce su dolencia , y el Cielo , ó Dios , por mejor decir , que es nuestro médico , le aplicará medicinas que le sanen , las quales suelen sanar poco á poco , y no de repente y por milagro : y mas que los pecadores discretos están mas cerca de emendarse , que los simples , y pues vuesa merced ha mostrado en sus razones su prudencia , no hay sino tener buen ánimo , y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia : y si vuesa merced quiere ahorrar camino , y ponerse con facilidad en el de su salvacion , véngase conmigo , que yo le enseñaré á ser caballero andante , donde se pasan tantos trabajos y desventuras , que tomándolas por penitencia , en dos paletas le pondrán en el Cielo. Rióse Roque del consejo de Don Quixote , á quien mudando plática contó el trágico suceso de Claudia Gerónima , de que le pesó en extremo á Sancho , que no le habia parecido mal la belleza , desenvoltura y brio de la moza. Llegaron en esto los escuderos de la presa , trayendo consigo dos caballeros á caballo y dos peregrinos á pie , y un coche de mugeres con hasta seis criados , que á pie y á caballo las acompañaban , con otros dos mozos de mulas que los caballeros traian. Cogiéronlos los escuderos en medio , guardando vencidos y vencedores gran silencio , esperando á que el gran Roque Guinart hablase , el qual preguntó á los caballeros , que quien eran y adonde iban , y que dinero llevaban. Uno dellos le respondió : señor , noso-

tros somos dos Capitanes de Infantería Española , tenemos nuestras compañías en Nápoles , y vamos á embarcarnos en quatro Galeras , que dicen estan en Barcelona, con órden de pasar á Sicilia : llevamos hasta docientos, ó trecientos escudos , con que á nuestro parecer vamos ricos y contentos , pues la estrechez ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros. Preguntó Roque á los peregrinos lo mesmo que á los Capitanes : fuéle respondido , que iban á embarcarse para pasar á Roma , y que entre entrámbos podrian llevar hasta sesenta reales. Quiso saber tambien , quien iba en el coche y adonde, y el dinero que llevaban : y uno de los de á caballo dixo : mi señora Doña Guiomar de Quiñónes , muger del Regente de la Vicaría de Nápoles , con una hija pequeña , una doncella y una dueña son las que van en el coche : acompañámosla seis criados , y los dineros son seiscientos escudos. De modo , dixo Roque Guinart , que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales: mis soldados deben de ser hasta sesenta , mírese á como le cabe á cada uno , porque yo soy mal contador. Oyendo decir esto los salteadores , levantáron la voz , diciendo : viva Roque Guinart muchos años , á pesar de los lladres , que su perdicion procuran. Mostráron afligirse los Capitanes , entristeciósese la señora Regenta , y no se holgáron nada los peregrinos , viendo la confiscacion de sus bienes. Túvolos así un rato suspensos Roque ; pero no quiso que pasase adelante su tristeza , que ya se podia conocer á tiro de arcabuz , y volviéndose á los Capitanes, dixo : vuestras mercedes , señores Capitanes , por cortesía sean servidos de prestarme sesenta escudos , y la señora Regenta ochenta , para contentar esta escuadra que me

acompaña, porque el Abad de lo que canta yanta, y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvoconduto que yo les daré, para que si toparen otras de algunas escuadras mias, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño, que no es mi intención de agraviar á soldados, ni á muger alguna especialmente á las que son principales. Infinitas y bien dichas fuéron las razones con que los Capitanes agradeciéron á Roque su cortesía y liberalidad, que por tal la tuviéron en dexarles su mismo dinero. La señora Doña Guiomar de Quiñónes se quiso arrojar del coche para besar los pies y las manos del gran Roque; pero él no lo consintió en ninguna manera; ántes le pidió perdon del agravio que le habia hecho, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora Regenta á un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le habian repartido, y ya los Capitanes habian desembolsado los sesenta. Iban los peregrinos á dar toda su miseria; pero Roque les dixo, que se estuviesen quedos, y volviéndose á los suyos, les dixo: destes escudos dos tocan á cada uno y sobran veinte, los diez se den á estos peregrinos, y los otros diez á este buen escudero, porque pueda decir bien de esta aventura: y trayéndole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveido Roque, les dió por escrito un salvoconduto para los mayores de sus escuadras, y despidiéndose dellos, los dexó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposicion y extraño proceder, teniéndole mas por un Alexandro Magno, que por ladron conocido. Uno de los escuderos dixo en su lengua gascona y catalana: este nuestro Capitan, mas es para Frade, que para bandolero: si de

aquí adelante quisiere mostrarse liberal , séalo con su hacienda , y no con la nuestra. No lo dixo tan paso el desventurado , que dexase de oirlo Roque , el qual echando mano á la espada , le abrió la cabeza casi en dos partes , diciéndole : desta manera castigo yo á los deslenguados y atrevidos. Pasmáronse todos , y ninguno le osó decir palabra : tanta era la obediencia que le tenian. Apartóse Roque á una parte , y escribió una carta á un su amigo á Barcelona , dándole aviso como estaba consigo el famoso Don Quixote de la Mancha , aquel caballero andante de quien tantas cosas se decian: y que le hacia saber , que era el mas gracioso , y el mas entendido hombre del mundo, y que de allí á quatro dias , que era el de San Juan Bautista, se le pondria en mitad de la playa de la ciudad , armado de todas sus armas , sobre Rocinante su caballo , y á su escudero Sancho sobre un asno , y que diese noticia desto á sus amigos los Niárros , para que con él se solazasen, que él quisiera que carecieran deste gusto los Cadells sus contrarios , pero que esto era imposible , á causa que las locuras y discreciones de Don Quixote , y los donayres de su escudero Sancho Panza , no podian dexar de dar gusto general á todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de sus escuderos , que mudando el trage de bandolero en el de un labrador , entró en Barcelona , y la dió á quien iba.

## CAPÍTULO LXI.

*De lo que le sucedió á Don Quixote en la entrada de Barcelona , con otras cosas que tienen mas de lo verdadero , que de lo discreto.*

**T**res dias y tres noches estuvo Don Quixote con Ro-

que, y si estuviera trecientos años no le faltara que mirar y admirar en el modo de su vida. Aquí amanecían, acullá comían: unas veces huían sin saber de quien, y otras esperaban sin saber á quien. Dormían en pie, interrumpiendo el sueño, mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traían pocos, porque todos se servían de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber donde estaba, porque los muchos bandos que el Visorey de Barcelona había echado sobre su vida, le traían inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, ó le habían de matar, ó entregar á la Justicia: vida por cierto miserable y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas, partiéron Roque, Don Quixote y Sancho con otros seis escuderos á Barcelona. Llegáron á su playa la víspera de San Juan en la noche, y abrazando Roque á Don Quixote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos, que hasta entónces no se los había dado, los dexó con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se hicieron. Volvióse Roque, quedóse Don Quixote esperando el día así á caballo como estaba, y no tardó mucho, quando comenzó á descubrirse por los balcones del oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oído, aunque al mismo instante alegráron también el oído el son de muchas chirimías y atabales, ruido de cascabeles, trapa, trapa, aparta, aparta de correedores, que al parecer de la ciudad salían. Dió lugar la aurora al sol, que un rostro mayor que el de una rodela

por el mas baxo orizonte , poco á poco se iba levantando. Tendiéron Don Quixote y Sancho la vista por todas partes , viéron el mar , hasta entónces dellos no visto : parecióles espaciosísimo y largo , harto mas que las lagunas de Ruidera , que en la Mancha habian visto. Viéron las galeras que estaban en la playa , las quales abatiendo las tiendas , se descubriéron llenas de flámulas y gallardetes , que tremolaban al viento , y besaban y barriaban el agua : dentro sonaban clarines , trompetas y chirimías , que cerca y léxos llenaban el ayre de suaves y belicosos acentos : comenzáron á moverse , y á hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas , correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros , que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas libreas salian. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería , á quien respondian los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad , y la artillería gruesa con espantoso estruendo rompía los vientos , á quien respondian los cañones de cruxía de las galeras. El mar alegre , la tierra jocunda , el ayre claro , solo tal vez turbio del humo de la artillería , parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho como pudiesen tener tantos pies aquellos bultos , que por el mar se movian. En esto llegóron corriendo con grita , lililís y algazara los de las libreas , adonde Don Quixote suspenso y atónito estaba , y uno dellos , que era el avisado de Roque<sup>45</sup> , dixo en alta voz á Don Quixote : bien sea venido á nuestra ciudad el espejo , el farol , la estrella<sup>46</sup> y el norte de toda la caballería andante , donde mas largamente se contiene. Bien sea venido , digo , el valeroso Don Quixote de la Man-

cha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos dias nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los<sup>47</sup> historiadores. No respondió Don Quixote palabra, ni los caballeros esperaron á que la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demas que los seguian, comenzaron á hacer un revuelto caracol al derredor de Don Quixote, el qual volviéndose á Sancho, dixo: estos bien nos han conocido, yo apostaré que han leído nuestra historia, y aun la del Aragonés recién impresa. Volvió otra vez el caballero que habló á Don Quixote, y díxole: vuesa merced, señor Don Quixote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores y grandes amigos de Roque Guinart. Á lo que Don Quixote respondió: si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija, ó parienta muy cercana de las del gran Roque: llevadme do quisiéredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y mas si la quereis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no ménos comedidas que estas le respondió el caballero, y encerrándole todos en medio, al son de las chirimías y de los atabales, se encaminaron con él á la ciudad: al entrar de la qual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos que son mas malos que el malo, dos dellos traviesos y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encaxaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas, aumentaron su disgusto, demanera, que dando mil corcovos, diéron con sus dueños en tierra. Don Quixote, corrido y afrentado,

acudió á quitar el plumage de la cola de su matalote , y Sancho el de su rucio. Quisieran los que guiaban á Don Quixote castigar el atrevimiento de los muchachos , y no fué posible , porque se encerraron entre mas de otros mil que los seguian. Volviéron á subir Don Quixote y Sancho, y con el mismo aplauso y música llegaron á la casa de su guia, que era grande y principal, en fin como de caballero rico , donde le dexarémos por agora , porque así lo quiere Cide Hamete.

## CAPÍTULO LXII.

*Que trata de la aventura de la cabeza encantada , con otras niñerías , que no pueden dexar de contarse.*

**D**on Antonio Moreno se llamaba el huésped de Don Quixote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable, el qual viendo en su casa á Don Quixote , andaba buscando modos como sin su perjuicio sacase á plaza sus locuras , porque no son burlas las que duelen , ni hay pasatiempos que valgan , si son con daño de tercero. Lo primero que hizo , fué hacer desarmar á Don Quixote , y sacarle á vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido ( como ya otras veces le hemos descrito y pintado ) á un balcon , que salia á una calle de las mas principales de la ciudad , á vista de las gentes y de los muchachos , que como á mona le miraban. Corriéron de nuevo delante dél los de las libreas , como si para él solo , no para alegrar aquel festivo dia , se las hubieran puesto , y Sancho estaba contentísimo , por parecerle que se habia hallado , sin saber como , ni como no , otras bodas de Camacho , otra casa como la de Don Diego de Miranda, y otro castillo como el del Duque. Comiéron aquel

dia con Don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos, y tratando á Don Quixote como á caballero andante, de lo qual hueco y pomposo no cabia en sí de contento. Los donayres de Sancho fuéron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa, y todos quantos le oian. Estando á la mesa, dixo Don Antonio á Sancho: acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si os sobran las guardais en el seno para el otro dia. No señor, no es así, respondió Sancho, porque tengo mas de limpio que de goloso, y mi señor Don Quixote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas, ó de nueces nos solemos pasar entrámbos ocho dias: verdad es que si tal vez me sucede, que me den la vaquilla, corro con la soguilla: quiero decir, que como lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo, y quien quiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado, y no limpio, téngase por dicho que no acierta, y de otra manera dixera esto, si no mirara á las barbas honradas que están á la mesa. Por cierto, dixo Don Quixote, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come, se puede escribir y grabar en láminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que quando él tiene hambre, parece algo tragon, porque come apriesa, y masca á dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto, y en el tiempo que fué Gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto que comia con tenedor las uvas y aun los granos de la granada. ¡Como! dixo Don Antonio: Gobernador ha sido Sancho? Sí, respondió Sancho, y de una Ínsula llamada la Barataria. Diez dias la goberné á pe-

dir de boca: en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los Gobiernos del mundo: salí huyendo della, caí en una cueva donde me tuve por muerto, de la qual salí vivo por milagro. Contó Don Quixote por menudo todo el suceso del Gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes. Levantados los manteles, y tomando Don Antonio por la mano á Don Quixote, se entró con él en un apartado aposento, en el qual no habia otra cosa de adorno que una mesa, al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mesmo se sostenia, sobre la qual estaba puesta al modo de las cabezas de los Emperadores Romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce. Paseóse Don Antonio con Don Quixote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa: despues de lo qual dixo: agora, Señor Don Quixote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á vuesa merced una de las mas raras aventuras, ó por mejor decir novedades que imaginarse pueden, con condicion, que lo que á vuesa merced dixere, lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto. Así lo juro, respondió Don Quixote, y aun le echaré una losa encima para mas seguridad, porque quiero que sepa vuesa merced, señor Don Antonio (que ya sabia su nombre) que está hablando con quien, aunque tiene oidos para oir, no tiene lengua para hablar, así que con seguridad puede vuesa merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mio, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio. En fe desa promesa, respondió Don Antonio, quiero poner á vuesa merced en admiracion con lo que viere y oyere, y darme á mí algun alivio de

la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos. Suspenso estaba Don Quixote, esperando en que habian de parar tantas prevenciones. En esto, tomándole la mano Don Antonio, se la paseó por la cabeza de bronce, y por toda la mesa, y por el pie de jaspe, sobre que se sostenia, y luego dixo: esta cabeza, señor Don Quixote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era Polaco de nacion, y discípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan, el qual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos, que le dí, labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder á quantas cosas al oido le preguntaren. Guardó rumbos, pintó caractéres, observó astros, miró puntos, y finalmente la sacó con la perfeccion que veremos mañana, porque los viérnes está muda, y hoy que lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuesa merced prevenirse de lo que querrá preguntar, que por experiencia sé que dice verdad en quanto responde. Admirado quedó Don Quixote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á Don Antonio; pero por ver quan poco tiempo habia para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa, sino que le agradecia el haberle descubierto tan gran secreto. Saliéron del aposento, cerró la puerta Don Antonio con llave, y fuéronse á la sala, donde los demas caballeros estaban. En este tiempo les habia contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habian acontecido. Aquella tarde sacáron á pasear á Don Quixote, no armado, sino de rua, vestido un balandran de paño leonado, que pu-

diera hacer sudar en aquel tiempo al mismo yelo. Ordenáron con sus criados que entretuviesen á Sancho , de modo , que no le dexasen salir de casa. Iba Don Quixote , no sobre Rocinante , sino sobre un gran macho de paso llano , y muy bien aderezado. Pusiéronle el balandran , y en las espaldas , sin que lo viese , le cosieron un pergamino , donde le escribiéron con letras grandes: *Este es Don Quixote de la Mancha*. En comenzando el paseo , llevaba el rétulo los ojos de quantos venian á verle , y como leian : este es Don Quixote de la Mancha , admirábase Don Quixote de ver , que quantos le miraban , le nombraban y conocian , y volviéndose á Don Antonio , que iba á su lado , le dixo : grande es la prerogativa que encierra en sí la andante caballería , pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra : si no , mire vuesa merced , señor Don Antonio , que hasta los muchachos desta ciudad , sin nunca haberme visto me conocen. Así es , señor Don Quixote , respondió Don Antonio , que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado , la virtud no puede dexar de ser conocida , y la que se alcanza por la profesion de las armas , resplandece y campea sobre todas las otras. Acaeció pues , que yendo Don Quixote con el aplauso que se ha dicho , un Castellano , que leyó el rétulo de las espaldas , alzó la voz , diciendo : válgate el diablo por Don Quixote de la Mancha , como ¿ que hasta aquí has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que tienes <sup>48</sup> á cuestras ? Tú eres loco , y si lo fueras á solas , y dentro de las puertas de tu locura , fuera ménos mal ; pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos á quantos te tratan y comunican : si

no, mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu muger y tus hijos, y déxate destas vaciedades, que te carcomen el seso, y te desnatan el entendimiento. Hermano, dixo Don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El señor Don Quixote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros, que le acompañamos, no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare, y andad en hora mala, y no os metais donde no os llaman. Par diez vuesa merced tiene razon, respondió el Castellano, que aconsejar á este buen hombre es dar coces contra el aguijon; pero con todo eso me da muy gran lástima, que el buen ingenio que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desagüe por la canal de su andante caballería: y la en hora mala que vuesa merced dixo, sea para mí y para todos mis descendientes, si de hoy mas, aunque viviese mas años que Matusalen, diere consejo á nadie, aunque me lo pida. Apartóse el consejero, siguió adelante el paseo; pero fué tanta la priesa que los muchachos y toda la<sup>49</sup> gente tenia leyendo el rétulo, que se le hubo de quitar Don Antonio, como que le quitaba otra cosa. Llegó la noche, volviéronse á casa, hubo sarao de damas, porque la muger de Don Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y discreta, convidó á otras sus amigas á que viniesen á honrar á su huésped, y á gustar de sus nunca vistas locuras. Viniéron algunas, cenóse espléndidamente, y comenzóse el sarao casi á las diez de la noche. Entre las damas habia dos de gusto pícaro y burlonas, y con ser muy honestas, eran algo descompuestas, por dar lugar que las burlas alegra-

sen sin enfado. Estas diéron tanta priesa en sacar á danzar á Don Quixote , que le moliéron , no solo el cuerpo, pero el ánima. Era cosa de ver la figura de Don Quixote , largo , tendido , flaco , amarillo , estrecho en el vestido , desayrado , y sobre todo , no nada ligero. Requebrábanle como á hurto las damiselas , y él tambien como á hurto las desdeñaba; pero viéndose apretar de requiebros, alzó la voz , y dixo : *Fúgite partes adversae* : dexadme en mi sosiego , pensamientos malvenidos , allá os avenid, señoras , con vuestros deseos , que la que es Reyna de los mios , la sin par Dulcinea del Toboso no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan : y diciendo esto se sentó en mitad de la sala en el suelo , molido y quebrantado de tan baylador exercicio. Hizo Don Antonio que le llevasen en peso á su lecho , y el primero que asió dél , fué Sancho, diciendole : nora en tal , señor nuestro amo , lo habeis baylado : ¿ pensais que todos los valientes son danzadores , y todos los andantes caballeros baylarines? Digo , que si lo pensais , que estais engañado : hombre hay que se atreverá á matar á un gigante , ántes que hacer una cabriola : si hubiérades de zapatear , yo supliera vuestra falta , que zapateo como un girifalte , pero en lo del danzar no doy puntada. Con estas y otras razones dió que reir Sancho á los del sarao , y dió con su amo en la cama , arropándole para que sudase la frialdad de su bayle. Otro dia le pareció á Don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada, y con Don Quixote , Sancho y otros dos amigos , con las dos señoras que habian molido á Don Quixote en el bayle, que aquella propia noche se habian quedado con la muger de Don Antonio , se encerró en la

estancia donde estaba la cabeza. Contóles la propiedad que tenia, encargóles el secreto, y díxoles, que aquel era el primero dia donde se habia de probar la virtud de la tal cabeza encantada, y si no eran los dos amigos de Don Antonio, ninguna otra persona sabia el busílis del encanto, y aun si Don Antonio no se le hubiera descubierto primero á sus amigos, tambien ellos cayeran en la admiracion en que los demas cayéron, sin ser posible otra cosa: con tal traza y tal orden estaba fabricada. El primero que se llegó al oido de la cabeza, fué el mismo Don Antonio, y díxole en voz sumisa, pero no tanto que de todos no fuese entendida: dime, cabeza, por la virtud que en tí se encierra ¿que pensamientos tengo yo agora? Y la cabeza le respondió, sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo que fué de todos entendida esta razon: yo no juzgo de pensamientos. Oyendo lo qual todos quedáron atónitos, y mas viendo que en todo el aposento, ni al derredor de la mesa no habia persona humana que responder pudiese. ¿Quantos estamos aquí? tornó á preguntar Don Antonio, y fuéle respondido por el propio tenor, paso: estais tú, y tu muger con dos amigos tuyos y dos amigas della, y un caballero famoso, llamado Don Quixote de la Mancha, y un su escudero, que Sancho Panza tiene por nombre. Aquí sí que fué el admirarse de nuevo: aquí sí que fué el erizarse los cabellos á todos de puro espanto. Y apartándose Don Antonio de la cabeza, dixo: esto me basta para darme á entender, que no fuí engañado del que te me vendió, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza. Llegue otro, y pregúntele lo que quisiere: y como las mugeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la pri-

mera que se llegó , fué una de las dos amigas de la muger de Don Antonio , y lo que le preguntó , fué : dime , cabeza ¿ que haré yo para ser muy hermosa ? y fuéle respondido : sé muy honesta. No te pregunto mas , dixo la preguntanta. Llegó luego la compañera , y dixo : querria saber , cabeza , si mi marido me quiere bien , ó no. Y respondiéronle : mira las obras que te hace , y echarlo has de ver. Apartóse la casada , diciendo : esta respuesta no tenia necesidad de pregunta , porque en efecto , las obras que se hacen , declaran la voluntad que tiene el que las hace. Luego llegó uno de los dos amigos de Don Antonio , y preguntóle ¿ quien soy yo ? Y fuéle respondido : tú lo sabes. No te pregunto eso , respondió el caballero , sino que me digas , si me conoces tú ? Sí conozco , le respondiéron , que eres Don Pedro Noriz. No quiero saber mas , pues esto basta para entender , ó cabeza , que lo sabes todo. Y apartándose , llegó el otro amigo y preguntóle : dime , cabeza ¿ que deseos tiene mi hijo el mayoral ? Ya yo he dicho , le respondiéron , que yo no juzgo de deseos ; pero con todo eso te sé decir , que los que tú hijo tiene son de enterrarte. Eso es , dixo el caballero , lo que veo por los ojos , con el dedo lo señalo , y no pregunto mas. Llegóse la muger de Don Antonio , y dixo : yo no sé cabeza que preguntarte , solo querria saber de ti , si gozaré muchos años de mi buen marido. Y respondiéronla : sí gozarás , porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida , la qual muchos suelen acortar por su destemplanza. Llegóse luego Don Quixote , y dixo : dime tú el que respondes ¿ fué verdad , ó fué sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos ? ¿ Serán ciertos los azotes de San-

cho mi escudero? ¿Tendrá efeto el desencanto de Dulcinea? Á lo de la cueva, respondiéron, hay mucho que decir, de todo tiene: los azotes de Sancho irán de espacio: el desencanto de Dulcinea llegará á debida execucion. No quiero saber mas, dixo Don Quixote, que como yo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare á desear. El último preguntante fué Sancho, y lo que preguntó fué: por ventura, cabeza ¿tendré otro Gobierno? ¿saldré de la estrechez de escudero? ¿volveré á ver á mi muger y á mis hijos? Á lo que le respondiéron: gobernarás en tu casa, y si vuelves á ella, verás á tu muger y á tus hijos, y dexando de servir dexarás de ser escudero. Bueno par Dios, dixo Sancho Panza, esto yo me lo dixera, no dixera mas el Profeta Perogrullo. Bestia, dixo Don Quixote ¿que quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado, correspondan á lo que se le pregunta? Sí basta, respondió Sancho; pero quisiera yo que se declarara mas, y me dixera mas. Con esto se acabáron las preguntas y las respuestas; pero no se acabó la admiracion en que todos quedáron, excepto los dos amigos de Don Antonio, que el caso sabian. El qual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego por no tener suspenso al mundo, creyendo que algun hechicero, y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba: y así dice, que Don Antonio Moreno, á imitacion de otra cabeza que vió en Madrid, fabricada por un estampero, hizo esta en su casa, para entretenerse, y suspender á los ignorantes, y lá fábrica era de esta suerte. La tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pie sobre que se sostenia, era de lo mes-

mo, con quatro garras de águila, que dél salian para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecia medalla y figura de Emperador Romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni mas ni ménos la tabla de la mesa, en que se encaxaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecia. El pie de la tabla era ansimesmo hueco, que respondia á la garganta, y pechos de la cabeza: y todo esto venia á responder á otro aposento, que debaxo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pie, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida se encaminaba un cañon de hoja de lata muy justo, que de nadie podia ser visto. En el aposento de abaxo, correspondiente al de arriba, se ponía el que habia de responder, pegada la boca con el mesmo cañon, de modo, que á modo de cerbatana iba la voz de arriba abaxo, y de abaxo arriba en palabras articuladas y claras, y desta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de Don Antonio, estudiante agudo y discreto, fué el respondiente, el qual estando avisado de su señor tio de los que habian de entrar con él en aquel dia en el aposento de la cabeza, le fué fácil responder con presteza y puntualidad á la primera pregunta: á las demas respondió por conjeturas, y como discreto discretamente. Y dice mas Cide Hamete <sup>5º</sup>, que hasta diez, ó doce dias duró esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la ciudad que Don Antonio tenia en su casa una cabeza encantada, que á quantos le preguntaban respondia: temiendo no llegase á los oidos de las despiertas centinelas de nuestra Fe, habiendo declarado el caso á los señores Inquisidores, le mandaron, que la deshiciese, y no pasase mas adelante, porque el

vulgo ignorante no se escandalizase. Pero en la opinion de Don Quixote y de Sancho Panza, la cabeza quedó por encantada y por respondona, mas á satisfacion de Don Quixote, que de Sancho. Los caballeros de la ciudad, por complacer á Don Antonio, y por agasajar á Don Quixote, y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenáron de correr sortija de allí á seis dias, que no tuvo efecto, por la ocasion que se dirá adelante. Dióle gana á Don Quixote de pasear la ciudad á la llana, y á pie, temiendo que si iba á caballo, le habian de perseguir los mochachos, y así él y Sancho con otros dos criados que Don Antonio le dió, saliéron á pasearse. Sucedió pues, que yendo por una calle, alzó los ojos Don Quixote, y vió escrito sobre una puerta, con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros*: de lo que se contentó mucho, porque hasta entónces no habia visto emprenta alguna, y deseaba saber como fuese. Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella, y finalmente toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra. Llegábase Don Quixote á un caxon, y preguntaba, que era aquello que allí se hacia: dábanle cuenta los oficiales, admirábase, y pasaba adelante. Llegó en otras á uno y preguntóle, que era lo que hacia. El oficial le respondió: señor, este caballero que aquí está (y enseñóle á un hombre de muy buen talle y parecer, y de alguna gravedad) ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estoyle yo componiendo para darle á la estampa. ¿Que título tiene el libro? preguntó Don Quixote. Á lo que el autor respondió: señor, el libro en toscano se llama *Le bagatelle*. ¿Y que respon-

de *Le bagatelle* en nuestro castellano ? preguntó Don Quixote. *Le bagatelle*, dixo el autor, es como si en castellano dixésemos los juguetes, y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y substanciales. Yo, dixo Don Quixote, sé algun tanto del toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuesa merced, señor mio (y no digo esto porque quiero exâminar el ingenio de vuesa merced, sino por curiosidad no mas) ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar *pignata*? Sí, muchas veces, respondió el autor. ¿Y como la traduce vuesa merced en castellano? preguntó Don Quixote. ¿Como la habia de traducir, replicó el autor, sino diciendo olla? ¿Cuerpo de tal, dixo Don Quixote, y que adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta, que adonde diga en el toscano *piace*, dice vuesa merced en el castellano place, y adonde diga *piu*, dice mas, y el *su* declara con arriba, y el *giu* con abaxo. Sí declaro por cierto, dixo el autor, porque esas son propias correspondencias. Osaré yo jurar, dixo Don Quixote, que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios, ni los loables trabajos. ¡Que de habilidades hay perdidas por ahí! ¡que de ingenios arrinconados! ¡que de virtudes menospreciadas! Pero con todo esto me parece, que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las Reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el reverso, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz, y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio, ni elocucion, como

no le arguye el que traslada , ni el que copia un papel de otro papel : y no por esto quiero inferir , que no sea loable este exercicio del traducir , porque en otras cosas peores se podria ocupar el hombre , y que ménos provecho le truxesen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores , el uno el Doctor Christóbal de Figueroa , en su *Pastor Fido* , y el otro Don Juan de Xáuregui , en su *Aminta* , donde felizmente ponen en duda qual es la traduccion , ó qual el original. Pero dígame vuesa merced ¿este libro imprímese por su cuenta , ó tiene ya vendido el privilegio á algun librero ? Por mi cuenta lo imprimo , respondió el autor , y pienso ganar mil ducados por lo ménos con esta primera impresion , que ha de ser de dos mil cuerpos , y se han de despachar á seis reales cada uno en daca las pajas. Bien está vuesa merced en la cuenta , respondió Don Quixote : bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores , y las correspondencias que hay de unos á otros. Yo le prometo , que quando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros , vea tan molido su cuerpo , que se espante , y mas si el libro es un poco avieso , y no nada picante ¿Pues que , dixo el autor , quiere vuesa merced que se lo dé á un librero , que me dé por el privilegio tres maravedis , y aun piensa que me hace merced en dármelos ? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo , que ya en él soy conocido por mis obras : provecho quiero , que sin él no vale un quattrin la buena fama. Dios le dé á vuesa merced buena manderecha , respondió Don Quixote , y pasó adelante á otro caxon , donde vió , que estaban corrigiendo un pliego de un libro , que se intitula-  
ba : *Luz del alma* , y en viéndole , dixo : estos tales li-

bros , aunque hay muchos deste género , son los que se deben imprimir , porque son muchos los pecadores que se usan , y son menester infinitas luces para tantos desalumbados. Pasó adelante , y vió que asimesmo estaban corrigiendo otro libro , y preguntando su título , le respondieron , que se llamaba : *La segunda parte del ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha* , compuesta por un tal , vecino de Tordesillas. Ya yo tengo noticia deste libro , dixo Don Quixote , y en verdad y en mi conciencia , que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente ; pero su San Martin se le llegará , como á cada puerco : que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleytables , quanto se llegan á la verdad , ó á la semejanza della , y las verdaderas tanto son mejores , quanto son mas verdaderas : y diciendo esto , con muestras de algun despecho se salió de la emprenta , y aquel mesmo dia ordenó Don Antonio de llevarle á ver las galeras , que en la playa estaban , de que Sancho se regocijó mucho , á causa que en su vida las habia visto. Avisó Don Antonio al Quatralvo de las galeras , como aquella tarde habia de llevar á verlas á su huésped el famoso Don Quixote de la Mancha , de quien ya el Quatralvo y todos los vecinos de la ciudad tenían noticia , y lo que le sucedió en ellas , se dirá en el siguiente capítulo.

## CAPÍTULO LXIII.

*De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras , y la nueva aventura de la hermosa Morisca.*

Grandes eran los discursos que Don Quixote hacia so-

bre la respuesta de la encantada cabeza , sin que ninguno dellos diese en el embuste , y todos paraban con la promesa , que él tuvo por cierto , del desencanto de Dulcinea. Allí iba , y venia , y se alegraba entre sí mismo , creyendo que habia de ver presto su cumplimiento , y Sancho , aunque aborrecia el ser Gobernador , como queda dicho , todavía deseaba volver á mandar y á ser obedecido : que esta mala ventura trae consigo el mando , aunque sea de burlas. En resolucion , aquella tarde Don Antonio Moreno su huésped y sus dos amigos , con Don Quixote y Sancho , fuéron á las galeras. El Quatralvo que estaba avisado de su buena venida , por ver á los dos tan famosos Quixote y Sancho , apénas llegaron á la marina , quando todas las galeras abatiéron tienda , y sonáron las chirimías : arrojáron luego el esquife al agua , cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí , y en poniendo que puso los pies en él Don Quixote , disparó la Capitana el cañon de cruxía , y las otras galeras hiciéron lo mesmo , y al subir Don Quixote por la escala derecha , toda la chusma le saludó , como es usanza , quando una persona principal entra en la galera , diciendo : hu , hu , hu , tres veces. Dióle la mano el General , que con este nombre le llamarémos , que era un principal caballero Valenciano : abrazó á Don Quixote , diciéndole : este dia señalaré yo con piedra blanca , por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida , habiendo visto al señor Don Quixote de la Mancha : tiempo y señal que nos muestra , que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería. Con otras no ménos cortes razones le respondió Don Quixote , alegre sobremañera de verse tratar tan á lo Señor. Entráron todos en la